

Últimos días de la Madre Paulina

(de la Autobiografía P.71 a 106)

Concluida la hermosa instrucción que nos dio el lunes, el 25 de abril, relata la Hna. Agnes en la Crónica de la Casa Madre: pasó la buena Rvda. Madre largo tiempo en oración y luego estuvo muy ocupada hasta el mediodía. Tampoco descansó después del almuerzo, sino que consultó y arregló varios asuntos con la Hna. Lioba. Para la tarde había convocado a sus asistentes: Hna. Ana, Hna. Agustina; Hna. Agnes; (la Hna. Wunibalda estaba ausente) a una conferencia para consultarles acerca de unos problemas importantes. Pero durante la misma fue atacada súbitamente de un fuerte escalofrío. Por esto se trató solamente de lo más necesario, y nosotras le rogamos con insistencia que se acostara. Prefirió, sin embargo, descansar un poco en el sofá. Más tarde deseó que la Hna Lioba le rezara el oficio, porque a ella misma le era demasiado difícil hacerlo. Hecho esto, se acostó al fin, porque la fiebre subía, Entonces se sintió muy enferma y pidió que se suplicase al Sr. Cura Ficke, hermano de la Hna. Agustina, que estaba de visita aquí, tuviera la bondad de darle a la mañana siguiente, antes de la Santa Misa, la sagrada Comunión. Durante la noche descansó poco, de manera que hubiera sido muy necesario quedarse en cama.

Sin embargo, a la otra mañana, poco después de las cinco, la encontré vistiéndose, y cuando le expresé mi cuidado, me contestó: “Hoy no podía quedarme en cama, pues a las 8 llega la buena Hna. Afra.” Ayudada por mí se vistió con mucho trabajo y se puso en oración hasta que la Santa Misa empezó. Le suplicamos encarecidamente que recibiera la sagrada Comunión en su cuarto, pero de eso no se la pude convencer. Reuniendo todas sus fuerzas logró bajar ala escalera y llegar a la capilla, en la cual debía recibir por última vez a nuestro amado Salvador. Vuelta a su cuarto, se acostó vestida sobre la cama, pues no le era posible mantenerse en pie. Con mucha devoción siguió la Santa misa desde dicho cuarto, que tiene una ventanita a la capilla. Después de la Misa le llevé sólo una taza de café; porque no tenía ganas de comer. También la buena Hna. Constancia, que hacía años estaba en la enfermería, había pasado una noche dolorosa, de manera que creíamos que el Señor la llamaría de un momento a otro. Se lo comuniqué a la Rvda. Madre, pidiéndole al mismo tiempo permiso para llamar al ministro del seminario, Sr. Meyer, a fin de que le diera la absolución general, antes de la segunda Misa. “A esto no habrá llegado aún, pues la Hermana estaba ayer todavía en pie” – me contestó. Pero cuando le dije que podía morir en cualquier momento, deseó ella hablar primero con el Sr. Meyer. Tan luego como sintió que él entraba en su cuarto, llamado Santa Chantal, se levantó apresuradamente de la cama y lo acompañó, aunque débil y desfallecida, a la enfermería, arrodillándose con gran trabajo junto a la cama de la enferma, mientras que el sacerdote le daba la absolución general. Después se despidió con mucho cariño y amabilidad de la querida moribunda. A pesar de los dolores que sentía en el costado y de la gran debilidad, sólo se recostó esperando la llegada de la Hna. Afra que venía enferma. “¿Está encendida la estufa en Santa Cecilia, y se ha preparado allí el desayuno para las Hermanas viajeras?”, preguntó. Apenas las sintió en la portería, la buena Madre le salió al encuentro, y las saludó con toda amabilidad, como si estuviera sana. Se quedó una media hora con ellas, oyó el relato de su

viaje, y condujo a la buena Hna. Afra a la pieza que debía ocupar; luego se acostó otra vez vestida. El amor de la Rvda. Madre con las enfermas era siempre admirable.

Bien convencidas estábamos que el malestar de nuestra querida Madre era de sumo cuidado y todas las Hermanas mayores deseaban muy de veras que se llamara al médico de la casa, Dr. Haggenev. En la noche anterior, y aún esta mañana, ella misma me había pedido con insistencia que no le trajera el médico, diciendo que conocía su constitución y que muchas medicinas no eran buenas para ella. Nosotras nos empeñamos con el doctor para que hiciese todavía una visita a la Hna. Constanza; y así pedí a la Rvda. Madre permitiera que el médico la viese en esta ocasión, por desearlo así todas las Hermanas. Ella estuvo conforme, y cuando llegó el médico, lo saludó con la afabilidad acostumbrada. Como éste conoció inmediatamente que el pulmón estaba afectado, le ordenó que se desvistiese, se acostase y hablara poco, también le prescribió medicinas y un sinapismo. Nunca le había gustado tomar muchos remedios, por esto dijo con toda amabilidad: “¡Ay, señor doctor! Tengo mucho miedo a las medicinas”, pero éste la tranquilizó diciéndole que aquella era necesaria contra la fiebre.

De tarde subió el calor, los dolores en el costado aumentaron, le era muy difícil respirar y hablar. Sólo ver a la pobre Rvda. Madre daba compasión. Sin embargo, también este día la Hna. Lioba debió rezar con ella el oficio. También deseaba que ésta le leyera algunas cartas que habían llegado de América; pero yo le pedí con insistencia que esperara hasta el día siguiente, a lo que accedió. Cerca de las seis de la tarde, dijo que quería visitar otra vez a la buena Hna. Constanza. Siempre era la misma, la querida Madre, olvidando sus dolores, para acordarse sólo de sus hijas. A las 6.30 llamó Dios a nuestra Hna. Constanza, después de una agonía de varias horas; así se le ahorró esta visita con gran pesar suyo. Esperaba poder descansar algo, pero se equivocó, pues la alta fiebre no se lo permitió.

Cuando yo la fui a ver, el miércoles 27 de abril, poco después de las cinco de la mañana, fueron sus primeras palabras: “¡Ay Hna. Agnes! Estoy muy enferma; creo que sería bueno que recibiera la extremaunción”. Aunque estas palabras me conmovieron mucho, sin embargo, lo oculté, y contesté que ciertamente estaba muy enferma, pero no había de pensar aún en el sacramento de los enfermos. Durante la noche no había bebido nada a pesar de la sed causada por la fiebre, para poder comulgar a la otra mañana. El Sr. Meyer le llevó antes de la Santa Misa la sagrada Comunión, la que recibió con la acostumbrada devoción. Yo me quedé este día y los siguientes siempre cerca de la Madre durante la Santa Misa. Su piedad me sirvió de gran edificación, y me conmovía a veces hasta hacerme derramar lágrimas. ¡Cuántas veces la oí rezar en voz alta! ¡Qué jaculatorias ardientes subían al cielo después de la Sagrada Comunión y durante el día! “¡Mi Señor y Maestro!”, exclamaba frecuentemente con tierno afecto y amor. También: “Señor, borra todos mis pecados” – le oía repetir. Pronunciaba con todo fervor el dulce nombre de Jesús, o suplicaba con ardor: “Señor, ayúdame”. Antes de la Santa Misa me había encargado que pidiera al Sr. Meyer que la dispensara hoy de todas las oraciones obligatorias, porque se sentía demasiado enferma, ella rezaría lo que pudiera. ¡Qué conciencia tan delicada! ¡Ojalá aprendiéramos de ella esta fidelidad en los ejercicios espirituales y siguiéramos siempre su ejemplo!

El buen médico trató a la Rvda. Madre con la mayor atención, y no omitió nada para salvar vida tan cara. Aún esa mañana examinó los pulmones de la querida enferma, le tomó la temperatura, que había llegado a más de 40 grados y para que no se debilitara demasiado, le ordenó buen caldo, vino añejo y píldoras de quinina. El declaró que su enfermedad era una fuerte pulmonía, y cuando la Rvda. Madre le habló de la santa extremaunción él contestó: “Si Ud. desea recibir este sacramento, hágalo.” La Madre, siempre la misma en su amabilidad, agradecía al médico cada una de sus visitas. Saliendo al corredor, el doctor fue rodeado por las Hermanas mayores que querían saber algo sobre el estado de la querida enferma. La Hna. Ana se quedó casi siempre aquí durante estos días; la Hna. Antonia y otras Hermanas, vinieron frecuentemente, pues el temor y la angustia crecían siempre más. Según el deseo de la Rvda. Madre, la Hna. Wunibalda fue a hablar con el Sr. Meyer para preguntarle a qué hora podía administrarle el sacramento de los enfermos. Durante este tiempo debía yo prepararla para la santa ceremonia, y arreglar la pieza para este fin. Pidió, para obtener una muerte feliz, la oración compuesta por el finado Sr. Obispo Dr. Conrado Martin, y deseaba estar sola para prepararse.

Quería disponer todavía algo por si acaso se moría, Por esto me dio el encargo de hablar con la Hna. Wunibalda para ver si había que arreglar aún algún asunto, y pedirle que ella revisara bien las cosas, y viniese. Después llamó a la Hna. Lioba para darle encargos. A pesar de que le era muy difícil hablar, conversó largo tiempo con ella, pues tenía mucho que decirnos a nosotras, sus hijas. Con abundantes lágrimas oyó la Hna. Lioba las palabras de despedida que debía dirigir a todas las Hermanas, y aquel mismo día les fue enviada la carta siguiente:

Queridas y buenas Hermanas:

Nuestra cara Rvda. Madre acaba de darme el encargo de saludar a todas y a cada una en particular. Ya esta mañana les he avisado que ella está muy enferma. Por desgracia, hasta ahora no se ve mejoría. Sigamos rezando, queridas Hermanas, confiando en la misericordia del Señor. Quiera Dios que no nos deje huérfanas tan pronto. La buena Rvda. Madre está, como en todas las pruebas y sufrimientos, en la mejor disposición, y espera con la mayor tranquilidad su última hora. Para el caso, pues, que el buen Dios la llame, se despide de Ustedes y se encomienda a sus oraciones; pero muy en particular les suplica que ofrezcan indulgencias plenarias por ella después de su muerte. También les recomienda encarecidamente una cosa a la que tantas veces nos ha exhortado, y es: que cada una contribuya según sus fuerzas a que reine siempre un buen espíritu en la Congregación, y a que con todo fervor se practique la vida interior y el espíritu de oración. Que un amor íntimo y cordial ligue a todas las Hermanas y que cada una trate de agradar a Dios por medio del fiel cumplimiento de sus deberes. Así mismo procure cada una alcanzar una verdadera y profunda humildad. Si reinan en la Congregación verdadera humildad, amor fraternal y espíritu de oración, podremos esperar la bendición de Dios sobre nuestras obras y nuestros negocios temporales. La mayoría de Ustedes sabrá cuán justa y sólidamente nuestra Rvda. Madre dirigió siempre los negocios de la Congregación. Este punto es también hoy objeto de sus cuidados. Ella me encargó, queridas Hermanas, que les recordara que lleven siempre con circunspección y conciencia los asuntos, y que tengan cuidado de que cada establecimiento pague sus deudas; que traten con caridad y justicia a las alumnas, los sirvientes y, en fin, a todos aquellos con los cuales tengan alguna relación. Como la Rvda. Madre nos ha cuidado hasta ahora con amor más que maternal,

así también se acordará de nosotras allá arriba. Si encuentra gracia ante Dios le encomendará todos los intereses de la Congregación.

Grabemos, queridas Hermanas, estas palabras de nuestra Rvda. Madre muy profundamente en nuestros corazones. Yo desearía que cada una de Ustedes las hubiese oído de sus propios labios, pues no soy capaz de repetirlas fielmente. La Rvda. Madre envía a cada Hermana su bendición maternal, se encomienda otra vez a sus oraciones y las saluda muy cordialmente a todas. Con amor fraternal, su Hna. Lioba

La Rvda. Madre se despidió también de sus parientes en Böddeken, les dio las gracias por su bondad y caridad para con ella, se encomendó a sus oraciones, y les prometió rezar por todos si encontraba gracia ante Dios. También suplicó a su sobrino, el Sr. Hermann von Mallinckrodt, que fuera siempre un buen protector de las Hermanas como lo había sido su finado padre. Tampoco olvidó a su única tía en Bielefeld, la cual recibió también un cariñoso adiós. Estas dos cartas las firmó ella misma.

El Sr. Hüffer, consejero de tribunal, llegó cerca de las tres de la tarde para informarse del estado de la querida enferma. Ella deseaba mucho verlo, y por eso lo condujimos a su cuarto. La Rvda. Madre lo saludó muy cordialmente y habló con mucha alegría de la patria celestial. Con insistencia se encomendó a sus oraciones y las de sus hijos, y prometió acordarse de ellos allá arriba. También tomó su parecer con respecto a su testamento, para cuyo otorgamiento llegó el miembro del tribunal Sr. Evers, a las cuatro. Yo me alegré mucho, y di gracias a Dios al ver acabados estos negocios importantes; de este modo la pobre enferma podía descansar un poco. Cuando le dije: “Así no puede seguir, querida Madre General, Ud. debe tener descanso ahora”, me contestó sonriendo: “Hoy he llevado a cabo grandes cosas”.

De tarde aumentó la fiebre y la debilidad de la Rvda. Madre era muy grande. Yo le lavaba la cara con frecuencia, lo que la aliviaba mucho. Confundía oírle agradecer el menor servicio. Varias veces le supliqué: “Rvda., Madre, no me dé siempre las gracias; le cuesta tanto hablar”; pero esto no sirvió de nada, siempre tenía que oír: “Muchas gracias”. En la visita que el médico le hizo de tarde, no la encontró ni peor ni mejor, lo que nos consoló algo. Si él decía tener esperanza de mejoría, ella le contestaba afablemente: “me quedo con gusto entre las Hermanas, si el buen Dios lo quiere”. Durante la noche una Hermana veló a la querida enferma para que tomara con regularidad las medicinas, caldo y un cocimiento de harina de avena mondada. Desgraciadamente pasó una noche intranquila, en la que sus pesados párpados no pudieron conciliar el sueño sino por pocos momentos.

El jueves 28 de abril, fui muy temprano a ver a la querida Madre General, que deseaba la acomodara luego un poco. Después de que yo acomodé un altarcito, ella empezó la preparación para la sagrada Comunión, la cual debía recibir como Viático. Aunque el estado de la querida enferma nos llenaba de suma preocupación, sin embargo, manteníamos la firme esperanza de su restablecimiento. Nos parecía imposible que el buen Dios desoyera las oraciones que elevábamos por la salud de nuestra Madre, amada con tanta ternura. La buena Madre Matilde (Superiora Provincial de América del Norte) tuvo la noticia de la enfermedad por medio de un telegrama, y era fácil imaginar cómo ella y todas las Hermanas en la lejana América importunarían al cielo, junto con todas nosotras, por la conservación de vida tan querida.

También nuestros vecinos de Paderborn tomaron mucha parte en nuestra pena. De todos lados mandaron preguntar por la querida enferma, y en las iglesias se rezaba públicamente por su salud. Su sobrino, el Sr. von Mallinckrodt, llegó de Böddeken para visitarla y se afligió mucho al ver a su querida tía en tal estado. El pidió con instancias una consulta, y para este fin, de acuerdo con el médico de la casa, llamaron por telegrama al Sr. Dr. Weber, de Thienhausen cerca de Steinheim; mas éste no pudo venir por hallarse enfermo en cama, y así no se llevó a cabo la junta médica. La sobrina de la Rvda. Madre, la señora de Droste, no pudo venir por estar enferma, lo que sintió mucho.

El estado de nuestra Madre no cambió el jueves. El médico recomendó mucho que le diésemos muy a menudo algo para que se conservasen sus fuerzas. También debíamos ponerle algunos sinapismos. La enferma estaba siempre conforme, nunca se quejó de nada, y sufrió los dolores con perfecta paciencia. Cuando algunas Hermanas mayores se acercaron a su cama, no pudo hablarles mucho, pero se mostró muy cordial y afable con todas. Después me pidió les dijera que no tomasen a mal que hubiera hablado poco, y que les agradecía mucho su interés. La amada enferma pasó casi toda la noche en vela, bebió mucho, y empezó a expectorar, lo que es una buena señal en la pulmonía, de manera que se alentó nuestra esperanza.

El viernes 29, de mañana la Rvda. Madre recibió la Sagrada Comunión otra vez como Viático, y después de ella el Sr. Meyer le dio la absolución general. Este y los días siguientes, puse en el altarcito el crucifijo que la Rvda. Madre había traído el Sábado Santo de Böddeken; allí se lo habían regalado como recuerdo de su finado hermano Jorge, quien lo tuvo al lado de su cama. Delante del crucifijo coloqué una azalea blanca que la Hna. Ana había regalado a la Rvda. Madre el día de la última conferencia. Esta hermosa flor produjo a la enferma una alegría infantil; diariamente me recordaba que la regara y en la última noche me dijo todavía: “No olvide la flor. Dé otra vez las gracias a la buena Hna. Ana y después de mi muerte devuélvasela con cordial saludo.”

El médico estaba satisfecho esta mañana del estado de la querida enferma y le dio esperanza de mejoría. La Rvda. Madre empero no le creyó, y me preguntó después muy amablemente: “¿Había Ud. instruido al médico?” Le pude contestar que no le había hablado antes. Él tenía en realidad un rayo de esperanza, porque la fiebre había bajado.

A las 10 tuvo lugar el entierro de la buena Hna. Constanca. Por esto, nuestra Madre me había dicho temprano que le avisara el momento en que llevarían el cadáver. Seguramente quiso acompañarlo en espíritu y encomendar la difunta Hermana al Señor. Durante el entierro vino otra vez el Sr. von Mallinckrodt, pero no se quedó mucho tiempo, porque a la Rvda. Madre le era muy difícil hablar. Ella le encargó cariñosos saludos para sus queridos parientes, y le suplicó sobre todo que fuera a Borchon y diera cordiales saludos a la viuda de su hermano menor, señora Tecla von Mallinckrodt. La Rvda. Madre deseó hablar con el Sr. Cura Berhorst, que había acompañado el entierro de la Hna. Constanca. Cuando él llegó, ella le dio las gracias por su bondad para con nosotras, le recomendó a las Hermanas en caso de que ella muriera, pidió para ella sus oraciones y le prometió rezar por él también, si encontraba gracia ante Dios. Sumamente complacida oyó la querida enferma de labios del Sr. Cura que en su parroquia se había rogado ya por su salud y que lo harían también en adelante. Él le dio la bendición

sacerdotal y se despidió de ella. De tarde habló el Sr. Cura Ruland; el día antes la había visitado el Sr. Bade, profesor del seminario.

Desde el mediodía se empeoró visiblemente el estado de la querida enferma; la fiebre había subido mucho, el pulso volaba y no podía expectorar casi nada. Entonces se me desvaneció el último rayo de esperanza; conocí que el Señor exigía de nosotras este grande sacrificio. La querida Madre General habló este día, como el anterior, siempre de su muerte. Me preguntó si no habría sido demasiado pesado para las Hermanas el cargar el ataúd hasta el cementerio, y añadió: “Podéis enterrarme también a mi sin ostentación. Prefiero que todas las Hermanas asistan a mi entierro y no que tantos extraños entren en nuestro jardín. Las Hermanas solas, seguramente, podrán llevarme a pulso:” Enternecí oírla hablar de todo esto con tanta tranquilidad. Cerca de las seis me recomendó varias veces que fuera a confesarme, pues era día de confesión. Pidió que llamara a la Hna. Lioba porque tenía que hablarle de algunos asuntos. Cuando el médico encontró a la enferma tan cambiada, empezó a temer una parálisis de los pulmones. A pesar de haber hecho tantos empeños por salvar la vida de nuestra Madre, tuvo que declarar esta tarde: “La respetada Sra. Madre puede morir esta noche”.

¡Ay! Este fue un momento terrible en el que se nos quitó toda esperanza de volver a ver sana a nuestra carísima Rvda. Madre. La agitación en la casa era indescriptible: las Hermanas lloraban y oraban, y nadie pensó en acostarse. En la pieza o el cuarto de Santa Chantal se habían reunido las Hermanas en silencio. Todas querían estar a lo menos cerca de su Madre moribunda, cuyo espíritu activo hallaba siempre ocupación. A pesar de su debilidad y de la alta fiebre, no se cansó de exhortarnos; nada escapaba a su memoria, y en su cuidado maternal se acordaba de lo grande y de lo pequeño. Repetidas veces tuve que prometerle que cuidaría que le llevaran otra vez la Sagrada Comunión. El Sr. Meyer pensó dársela aquella tarde, pero yo lo detuve, porque la hora de la muerte no parecía estar tan cerca aún. Después de algunas horas se alteraron sus facciones, y creí prudente pedir al sacerdote que le diera el santo Viático, a lo que accedió al momento. Las Hermanas se reunieron, parte en la pieza de la Rvda. Madre, parte en la capilla. Por última vez quería visitar el divino Salvador a su fiel sierva para unirla pronto consigo en el cielo. Se confesó de nuevo, pues cuanto más se acercaba la hora de la partida, tanto más cuidado empleó en prepararse debidamente para la venida del Divino Juez. A menudo le oía exclamar durante su enfermedad: “Jesús mío, sé para mí un juez benigno.” Eran cerca de las tres de la mañana cuando comulgó. La Rvda. Madre recibió al Divino Huésped con tanta paz, devoción, piedad y amor tan entrañable que parecía un ángel abismado en el Ser Divino. El Sr. Meyer rezó en voz alta las oraciones para después de la Comunión y algunas otras de la pasión del Señor. Después la Rvda. Madre le suplicó que le rezara también la oración para obtener una buena muerte, compuesta por el Exmo. Sr. Obispo Conrado. Cuando el sacerdote se había retirado, la Rvda. Madre me dijo: “Salude a todas las Hermanas muy afectuosamente, y si las he ofendido, les pido perdón a todas”. Con lágrimas le contesté: “Querida Madre, Ud. nunca nos ha ofendido, pero nosotras sí tenemos muchos motivos para pedirle perdón, lo que hago ahora de todo corazón y en nombre de todas las Hermanas”.

Allí estaba, pues, nuestra querida Madre, esperando el momento decisivo; su debilidad aumentó mucho, el hablar le era muy difícil; sin embargo, no cesó de exhortarnos o de rezar en voz alta. Muchas veces exclamó: “¡Oh María, protegédnos!” Invocaba también a San José, a todos los

ángeles y santos, al finado Exmo. Sr Obispo Conrado, para que intercedieran por nosotras. “¡Ojalá que el Señor nos dé a todas la gracia de la perseverancia y la vida eterna!” Repetía innumerables veces tales jaculatorias. Después nos recomendó deliberásemos todo buen y cuidáramos con especial solicitud de nuestras Hermanas en América del Norte y del Sur. Dijo que la buena Madre Matilde contestaría quizás pronto su carta, y entonces debíamos cumplir todos sus deseos, si nos fuera posible. “Reflexionad mucho”, volvió a decir; “no seáis demasiado presurosas, y obrad siempre con circunspección; a las mujeres les es difícil acertar siempre, pero Dios también ayuda. Si encuentro gracia rezaré por vosotras a fin de que arregléis todo bien. Meditad bien los asuntos de la Congregación en América del Sur; cada quince días llegan ahora los vapores, así es más fácil la correspondencia.” Enseguida pidió a Dios en voz alta la gracia de la perseverancia y que la preservara de las acechanzas del demonio. Cuando yo le dije: “¡Oh, ¡querida Madre, Ud. no tiene que temer al diablo!”, me contestó: “Esto no se puede saber. Nos acecha fácilmente en la última hora. ¡Cuán difícil debe ser la muerte si uno no se ha familiarizado con ella durante la vida!” Así la Rvda. Madre estaba hablando y orando continuamente. “Uno no puede saber cuándo sobrevendrá el acontecimiento grande”, dijo. “Lo que quiero comunicar debo decir ahora; pronto me abandonarán los sentidos, y entonces no podré hablar más”. Yo creí al fin que era indispensable que descansara algo, y le pregunté si podía apagar las velas. Me lo permitió, pero no por esto descansó. Muchas veces dijo: “buenas noches”, mas enseguida rezó o dijo con gran devoción: “Alabado sea Jesucristo por siempre. Amén.” Una vez exclamó en voz alta “¡Aleluya!”. Después preguntó: “¿Qué cosas me ha leído Ud. hace poco del librito de la cofradía del Perpetuo Socorro? ¿Qué debo hacer para ganar la indulgencia plenaria en el artículo de la muerte?” Luego dijo: “Es un pensamiento consolador el de volar a reunirse arriba con todas las queridas Hermanas que nos han precedido y con nuestros parientes.”

Cerca de las cinco de la mañana pregunté a la Rvda. Madre si quería que pidiésemos al Sr. Meyer que celebrara ya la Santa Misa; así todas las Hermanas podrían comulgar y rezar por ella. Estuvo conforme y añadió: “Suplique a las Hermanas que pidan para mí una buena muerte y la gracia de la perseverancia”. Aunque estaba muy cercana a su fin, se acordaba de todo y hasta preguntó si habían despertado ya al acólito. Siguió la Santa Misa con toda devoción. Yo debía advertirle el momento en que el sacerdote la empezó, y cuando llegaba a las partes principales del Santo Sacrificio.

El médico que había asistido a ella en el coro de la Capilla, visitó después otra vez a la querida enferma. Entonces ella le hizo una pregunta penosa: “¿Cuánto tiempo me quedará aún de vida? Le suplico, Sr. Doctor, dígamelo sin rodeos”. El contestó que esto no lo podía decir con exactitud, pero que quizás sería hoy su último día. Le agradeció mucho esta respuesta y repitió luego al Sr. Meyer lo que el médico le había dicho. Habló con la mayor tranquilidad de su cercana muerte y nos recordó que avisáramos su fallecimiento al Sr. Hüffer y a sus parientes en Borchon y en Bøddeken. Enseguida rezó en voz alta a la Santísima Virgen, a todos los ángeles y santos. “Señor, concede a todas las Hermanas la gracia de la perseverancia y la vida eterna”, decía. Entre tanto el Sr. Meyer había expuesto el Santísimo Sacramento; la mayor parte de las Hermanas se hallaban en la Capilla, mientras que las más antiguas permanecían arrodilladas y llorando en la habitación de la Madre General. Ella pidió a las Hermanas que se retiraran, diciendo: “El momento grande y decisivo no llega aún. Podéis ir a vuestras

ocupaciones”. Pero las Hermanas no podían resolverse a esto y por más obedientes que fueran siempre esta vez no les fue posible separarse de la querida Madre General.

A las siete vino su cuñado, el Sr. Hüffer, llamado por una de nuestras Hermanas, pariente suya, la Hermana Clara, pues él había deseado mucho presenciar la muerte de la Rvda. Madre; por ello se le había avisado que, según declaración del médico, sólo podría vivir hasta las 10 de la mañana. Muy conmovedora fue la escena de la despedida de ambos cuñados. Arrodillado al pie de la cama, el Sr. Hüffer puso sobre su cabeza la mano de la Rvda. Madre y pidió su bendición para él y sus hijos. Ella habló con él de su cercana muerte y de la esperanza dichosa de volverse a reunir ante el trono de Dios con todos los seres amados. Y cuando él con lágrimas en los ojos se fue a la otra habitación, la Rvda. Madre le dijo: “Ud. se queda aquí, querido Alfredo, ¿verdad?” Él le contestó afablemente: “Por cierto, querida Paulina, yo me quedo.”

(Seguramente la moribunda se acordó en este momento de que su cuñado había asistido junto con ella a la muerte edificante de sus tres hermanos: Berta, Jorge y Hermann. Él empero, daba gracias a Dios porque le permitía presenciar la muerte santa de la última y más perfecta de los cuatro hermanos, de la cual había recibido en su vida tantas pruebas de amor fraternal, y porque le fue concedido unir su oración a la de las hijas espirituales de esta su cuñada, en un fervoroso “Requiescant in pace sancta”.)

A pasos agigantados se acercaba la muerte de nuestra amada Rvda. Madre, y sólo con grandes esfuerzos logramos moderar la vehemencia de nuestro justo dolor. Yo estaba al lado de su cama y le secaba el sudor de vez en cuando, observando atentamente sus facciones. Ella permaneció muy tranquila, rezando y exhortándonos. Repetía frecuentemente: “Alabado sea Jesucristo”, o “Jesús, María y José, os doy mi corazón, cuerpo y alma.” Las Hermanas entraron una tras otra para ver por última vez a nuestra querida Madre. Ella nos hacía la impresión de una santa que desea unirse con el Amado, con el Salvador, y que corre a su encuentro. Sus facciones se alteraron más y más y me costaba gran trabajo entenderle. Por esto llamamos con apuro al Sr. Meyer, quien vino, rezó las oraciones de los agonizantes y las letanías de todos los santos. La querida Rvda. Madre respiró con mucha irregularidad, a largos intervalos, por dos o tres veces; luego inclinó la cabeza un poco y su alma inocente había alzado el vuelo a la región celestial. Era un día sábado, el 30 de abril de 1881, cerca de las nueve de la mañana.

“Señor, dadle el descanso eterno”, rezó el sacerdote, y así supieron las Hermanas presentes que nuestra querida Rvda. Madre había terminado felizmente su carrera, dejándonos empero, huérfanas. El profundo silencio que había reinado hasta ahora, fue interrumpido por el llanto y los sollozos. Nuestro dolor se desbordó con vehemencia, y tuvimos que darle libre curso por unos momentos; mas enseguida elevamos nuestras ardientes plegarias junto al querido cadáver.

¡Sí, ¡Señor, dadle el descanso eterno! ¡Haced que sus virtudes florezcan en nuestra Congregación y que seamos cada día hijas más dignas de tal Madre!

“Hasta aquí el relato de la Hna. Agnes,” dice la crónica de la Casa Madre y continúa como sigue:

“Según costumbre que reina en la Congregación, en el caso de la muerte de una Hermana, nos arrodillamos después del dichoso fallecimiento de la Rvda. Madre al lado de su cadáver para rezar

por ella el santo rosario. El Sr. Hüffer y sus hijas que para entonces habían llegado, nos acompañaron. Quizás la Rvda. Madre no necesitaba de nuestras oraciones; pero debíamos mostrarnos buenas hijas, y sólo en la oración encontrábamos consuelo en el sacrificio grande que el Señor nos había pedido.

Enseguida se avisó por telegrama a las Hermanas de las otras casas. También a la Madre Matilde y a la Madre Gonzaga, Superiora Provincial de América del Sur, se les mandó telegrama con la triste nueva. El mismo día contestó la Madre Matilde. “profundamente conmovida. Ella es siempre nuestra Madre”. Se escribió también una carta a todas las casas y a los parientes de la finada, dándoles noticias sobre la feliz muerte de nuestra amada Fundadora. Los demás sucesos de este día, como también los funerales, los describe la Hna. Lioba a todas las Hermanas en una carta posterior, fechada el 10 de mayo que dice así:

Queridas y buenas Hermanas:

Al fin hoy me es posible darles detalles sobre las exequias de nuestra querida Rvda. Madre. Hace ya ocho días que nos ha dejado, y cuanto más tiempo pasa, tanto más profundamente sentimos la pérdida irreparable que hemos sufrido. ¡Está tan vacía, tan desierta, nuestra casa!” Le falta el alma. En los primeros días la Rvda. Madre estaba todavía con nosotras, aunque sólo su cuerpo; uno podía ir a verla, hablarle más ahora descansa en la sepultura. ¡Oh amarga separación! Desde la noche del sábado hasta la mañana del miércoles estuvo expuesto el cadáver de nuestra inolvidable Madre en su cuarto; parecía dormir; una santa paz se reflejaba en su rostro; costaba separarse de ella. En una mano tenía la cruz de su rosario, el cual enlazaba la otra mano, como solía hacerlo en vida cuando lo rezaba. Con esta mano tocaba también el libro grande de las Santas Reglas, colocado sobre su pecho. Vestía la capa blanca, la misma que llevaba en la audiencia que tuvo hace algunos años con el Santo Padre, cuando fue a pedirle la bendición para sí y para toda la Congregación. Flores y velas, arregladas con todo gusto, rodeaban el lecho mortuario. Las Hermanas, los ciegos, las ciegas y también extraños, han rezado mucho al lado de la querida difunta. En estos días, la gente llegó como en procesión, desde la mañana hasta la tarde, para ver por última vez a nuestra querida Madre y depositar flores y guirnaldas a sus pies. El miércoles temprano el ataúd fue conducido a la capilla de la casa, la cual estaba rigurosamente enlutada. El altar, las ventanas, las paredes, llevaban colgaduras negras, las columnas guirnaldas con lazos negros. A las siete hubo una Misa rezada y una Misa de réquiem en nuestra Parroquia del Busdorf. A las 10.45 tuvo lugar el entierro.

Mucho tiempo antes de esta hora, se había reunido un buen número de personas ante nuestra capilla, de manera que ésta, al abrirla, se llenó en unos momentos. Antes de rezar el responso, el Sr. Cura Berhorst pronunció la oración fúnebre, la cual expresa brevemente la incansable actividad de nuestra finada Madre, los grandes sacrificios que hizo, las heroicas virtudes que ha practicado. Después el cortejo se puso en camino hacia la capilla de San Conrado. Iban delante los ciegos, como predilectos de la Rvda. Madre; después seguía una Hermana con la cruz, luego otras tres con la vela de los votos, el libro de las Reglas y la corona de mirto; las demás llevaban palmas en las manos. Enseguida iban dos niños con grandes ramos de palmas, que personas extrañas habían regalado; a éstos seguían el Sr. Cura y demás sacerdotes, e inmediatamente el ataúd con la querida difunta, llevado en hombros por las Hermanas, como

ellas lo habían deseado, y como la Rvda. Madre misma lo había pedido. Doce Hermanas, pues, vestidas con capas blancas, lo cargaron, alternándose hasta llegar al cementerio. Las demás seguían con profundo dolor. ¡Oh! Era éste un camino difícil para todas nosotras; senda más dolorosa no recorrerá jamás ninguna Hermana. A las Hermanas seguían numerosos parientes de la finada Madre, y a éstos otras muchas personas de todas las clases y estados: sacerdotes y laicos, grandes y chicos, ricos y pobres. Todos ellos la habían amado y venerado y por esto querían honrarla por última vez. Así iba el cortejo fúnebre con oraciones y cánticos por entre los numerosos árboles del jardín, bajo los claros rayos de un hermoso sol de primavera; pasó por delante de la estatua de la Santísima Virgen y se dirigió por la alameda a la capilla de San Conrado, la cual también estaba enlutada rigurosamente. A su entrada bajaron las Hermanas el ataúd. Los sobrinos de la Rvda. Madre habían solicitado el honor de colocar los restos mortales de su querida tía en la sepultura que estaba abierta delante del altar en la capilla subterránea. No me es posible explicar lo que nosotras hemos sentido en el momento en que bajaron el querido cadáver a la sepultura, acompañándolo las oraciones de la Iglesia; pero yo sé que ustedes, queridas Hermanas, lo sentirán con nosotras.

Cuando todo hubo concluido, la procesión fúnebre volvió a la capilla del convento, donde, según costumbre, rezamos las estaciones del vía crucis. Sólo la buena Hermana Agustina y yo hacíamos guardia de honor al lado de la tumba hasta que ésta se cerró algunas horas después. Es pues verdad, que nuestra angelical y querida Madre está separada del todo de nosotras; pero no, ella está y quedará siempre con nosotras, nos rodea todavía con su maternal amor, y ruega por nosotras delante del trono del Altísimo. Esto debe consolarnos.

De todas partes llegan cartas de pésame. Conmueve ver las innumerables muestras de condolencia, y con razón podemos tener un santo orgullo de tener una Madre que de todas partes recibe elogios. Tratemos como dignas hijas de tal madre, de aspirar con todo fervor a la virtud y perfección. ¡Que una caridad tierna y cordial nos una siempre, hasta que un día, rodeando a nuestra querida Madre y unidas con el eterno amor, alabemos y glorifiquemos a Dios para siempre! Hna. Lioba

.....

Este es el llanto fúnebre que se eleva del corazón de las hijas huérfanas ante la tumba de su finada Madre; llanto que el dolor más profundo entona, y cuyas últimas notas acaban con el aria de la esperanza consoladora de nuestra futura reunión ante el trono de Dios. Los sentimientos que conmueven los corazones junto a la sepultura abierta en la capilla de San Conrado, donde descansan los restos mortales de la querida Madre, estos sentimientos hallan eco en todas las casas de la Congregación a éste al otro lado del océano, adonde llega la noticia fatal. A los solmenes funerales celebrados en las casas provinciales de Wilkesbarre y Ancud, se agregan las exequias de las demás casas de Europa. La Congregación entera está de rodillas para ofrecer por el alma de la querida Madre y Fundadora, el Santo Sacrificio de la Misa y las obras buenas que el amor filial inspira. Desde aquella época la capilla de San Conrado es una joya preciosa para toda la Congregación; es el centro de las íntimas relaciones, donde se reúne el amor de todas las Hermanas, amor que va más allá de la tumba. Se ha hecho lugar atrayente al cual peregrinan en espíritu todas las que trabajan en lejanas tierras, y las Hermanas de la

Casa Madre personalmente, para rezar sobre la tumba de la amada fundadora, pidiendo por su eterno descanso e implorando su intercesión maternal prometida, pues así lo exigen el amor y la esperanza. Mientras que el amor, considerando la inescrutable justicia del Eterno Juez, no cesa de utilizar constantemente los auxilios de la Santa Madre Iglesia a favor de la querida finada, la santa esperanza llena el corazón de las hijas con la dulce confianza de que la Madre se halla ya en el coro de las santas vírgenes “que están delante del trono y del Cordero con vestiduras blancas y palmas en las manos”; pues las hijas han conocido a su Madre, “los hijos se han levantado y la han ensalzado”. (Prov. 31, 28) Esta era al mismo tiempo la consoladora esperanza que, a pesar de tan agudo dolor, alentaba a las hijas junto al sepulcro de la Madre, y desterraba de su corazón todo temor de que su muerte pudiese perjudicar a la gran obra de la caridad cristiana, que la finada había comenzado, obediente a la voz del cielo y en toda humildad, y la cual había llevado con su firme confianza en Dios y a pesar de las borrascas de un tiempo aciago a un estado floreciente y propagación sorprendente.

Verdaderamente es admirable la bendición que la Congregación ha tenido hasta el día de hoy. Antes de su feliz tránsito fue a visitar a sus hijas que militan aún en este mundo, y ahora las dejó para presidir a las que gozan en el cielo, reunión muy numerosa, porque muchas Hermanas han ido a aumentarla durante el curso del tiempo. ¡Con qué júbilo habrán recibido éstas a su Madre! Seguramente la querida Madre junto con ellas se halla ante el trono de Dios Uno y Trino e implora del Divino Esposo toda la plenitud de sus celestiales bendiciones sobre la fundación y sus hijas, valiéndose de la intercesión de la santísima e inmaculada Virgen, patrona de la Congregación, y de los santos que tanto amó en su vida. Así el lazo del amor celestial liga a la Madre con sus hijas. Su recuerdo será imperecedero y hasta los tiempos venideros vivirá su memoria en la Congregación, y la llamaremos siempre nuestra inolvidable, carísima Rvda. Madre Paulina.